

Tierra y Libertad

Número suelto: 6 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquetes de 30 ejemplares 1'00 ptas.
Suscripción: España un trimestre 1'00
Extranjero 1'50

El triunfo de la bestialidad

La atención del mundo entero está actualmente concentrada en la península balcánica.

Todos los hombres de sentimientos humanos y generosos piensan en ella con el corazón oprimido por la angustia.

Los campos y las aldeas orientales, de ordinario tan silenciosas, sonrientes y pintorescas, son hoy—gracias a la rapacidad capitalista—lúgubre teatro de una de las más espantosas tragedias que la Humanidad haya jamás presenciado.

Demstraría una ignorancia absoluta de lo que realmente palpita en el corazón del actual conflicto, quien creyera que se trata de un choque entre los intereses turcos y balcánicos o de una lucha entre la media luna de Mahoma y la cruz de Cristo.

Ese conflicto ha sido querido y preparado por la bestia capitalista que tiene apetitos brutales y quiere satisfacerlos.

Se ha dicho que el porvenir de Europa está en Oriente. Es cierto. La burguesía de los países occidentales siente necesidad imperiosa de expansión. Ensancha la esfera de sus dominios es para ella cuestión de vida o muerte.

La península balcánica podía ser el soñado receptáculo de ese creciente exceso de producción que inútilmente se trata de evitar, y formuló el propósito de apropiársela.

¿Qué podían importarle las consecuencias? Donde ha ido ha dejado siempre como huellas de su paso, surcos enormes de sangre moza.

Austerlitz, Wagram, Plewna, Sadowa, Liao-Yang y Mukden. No bastaban. Había que ensangrentar la historia más todavía. Había que escribir Ciorlu, Lule-Burgas y Kirl-Kilsc. Había que dejar una superficie de cincuenta y tres kilómetros cubierta por 75 mil cadáveres insepultos...

Sin eso les habría sido difícil a los ladrones de la alta banca, extender sus oprimentes tentáculos en el codiciado Oriente.

Europa sabía que en Servia y Bulgaria todas las familias cuentan un miembro asesinado o martirizado por los turcos, y que todos los eslavos orientales conocen perfectamente la leyenda de los horrores cometidos contra los Macedonios,—sus hermanos de raza—por el Imperio Otomano.

Europa sabía que si un día los pueblos balcánicos se daban cuenta de que Turquía se iba lentamente debilitando, darían rienda suelta a los profundos rencores seculares acumulados durante el tiempo que fueron tributarios del sultán.

Convenía a las grandes potencias que la Turquía venciera los ejércitos aliados. De ese modo les era dable intervenir y disfrazar la verdad de sus propósitos, con el pretexto de evitar posibles alteraciones del famoso *statu quo*. Eso es; para impedir que Turquía hiciera con los Balcanes, lo que ellas han hecho repetidamente con Turquía.

Pero ha sucedido lo imprevisto, lo inesperado. Han vencido los Balcanes, o, por lo menos, están a punto de vencer.

El *statu quo*—que debía ser firme garantía de paz estable en Europa—ha sido reventado a cañonazos, y los vencedores quieren repartirse el territorio conquistado, lo que obliga a las grandes potencias a cambiar de postura. Pero quieren intervenir *conté que conté*, y lo harán en nombre del derecho—estrictamente burgués—de nacionalidad.

Los pueblos orientales han visto ejemplos elocuentes del respeto que profesa a ese derecho la vieja Europa.

Se los ha dado Rusia, en 1879, despojando a Turquía en Asia—de Kars, Tiflis y Trivan.

Inglaterra, robándole en el mismo año la Isla de Chipre y poniendo en 1881 a Egipto—que desde entonces es turco tan sólo nominalmente—bajo su protectorado.

Francia, arrebatándole Túnez en 1882. Austria-Hungría, apoderándose en 1898 de la Bosnia Herzegovina.

Italia usurpándole, últimamente, Tripolitania y Cirenaica.

Aleccionados por la experiencia, y apoyados en los latrocinios consumados ante su vista no quieren someterse a la voluntad de Europa, ni renunciar al fruto de sus victorias.

Y esa insistencia, esa tenacidad de los

Balcanes produce un desacuerdo entre las naciones, y hace surgir más agreste, latente y amenazador el antagonismo de los intereses, que hoy más que nunca las divide.

Austria concentra 200,000 hombres a la frontera rusa, y Rusia 300,000 en la frontera austriaca.

La paz está seriamente amenazada y puede producirse de un momento a otro una conflagración general, si el proletariado no demuestra a tiempo, con su actitud, que tiene suficiente capacidad revolucionaria para evitarlo.

Los cuatro pigmeos coaligados—tan brutales y sanguinarios como el coloso imperial que tratan de abatir—iniciaron la guerra con un programa que era un presagio siniestro. Envolvía la sentencia de muerte de millares y millares de jóvenes existencias.

Queremos—escribieron en su bandera—trazarnos con sangre un nuevo mapa. Mantienen su promesa.

La guerra que ellos hacen supera en crueldad todas las otras. Es una guerra sin cuartel. Donde pasa el ejército pasan la destrucción, el saqueo y el incendio.

Se asesina sin piedad ni distinción criaturas, mujeres y ancianos. Un velo rojo cubre los ojos de los soldados. No ven más que sangre. Se complacen en machacar cráneos, en mutilar cuerpos, en triturar carne.

A la voz del jefe, lo mismo se dejan enclavar por las bayonetas contra una trinchera, como van a morir a la misma boca de los cañones enemigos. Pero no son héroes. No son valientes. Son tigres hambrientos, chacales feroces. Son cafres degenerados.

Van ciegos, frenéticos, impertérritos a la muerte, porque no comprenden, no aman, no sienten la vida.

No hay ni uno sólo de esos brutos que al salir de una población después de incendiarla por los cuatro costados, no lleve una porción de ojos y orejas en la mochila, y la cabeza de un niño en la punta de la bayoneta, que luego en otra población ostentará como trofeos gloriosos de la victoria.

En los lugares sometidos se ve a los oficiales estuprar las jóvenes doncellas en medio de la calle, mientras los soldados—en medio de la calle como ellos—desahogan su inmundicia lujuriosa con el cadáver de una vieja o se masturban.

No. Mentira. Con los pueblos balcánicos no vence el derecho.

Vence la fuerza, la prepotencia. Es el triunfo de la bestialidad.

Los que detentan el patrimonio social, los que escarnecen la miseria del pueblo, escupiendo sin cesar a su rostro famélico, después de la guerra encontrarán más afianzado, más estable, más robustecido su poder.

Las turbas que se baten son un conjunto de seres embrutecidos, abyectos, idiotizados. Son un rezago de épocas pasadas, que la Humanidad recuerda con vergüenza y con horror.

Las mismas sevicias, las mismas o peores vejaciones que han generado su odio a los turcos, las soportan con estoicismo aterrador si vienen de su tirano, de su jefe, de su rey, de su verdugo.

La borrachera patriótica ha borrado en ellos hasta el instinto, convirtiéndolos en eunucos serviles, en cabrones despreciables, en momias repugnantes, incapaces de una acción volitiva.

Una protesta, una imprecación, un gesto de rebeldía, son cosas extrañas para ellos. Sólo claman, imploran, se arrastran a los pies de sus torturadores.

Con individuos dotados de semejantes cualidades, la patria se salva, triunfa, ensancha su territorio. Pero se ultraja la civilización, se escarnece el progreso, se pisotea la dignidad humana, y se dejan a merced de los opresores del pueblo, la libertad, el derecho y la justicia.

Y esas cualidades son el principal eficiente de su fuerza. Poseen todos los elementos; tienen a su favor todos los factores que centuplican la potencia destructora del hombre-bestia.

Los turcos son más cultos, más elevados. Huyen, quieren salvar su vida. Se insurreccionan. Quiere esto decir que sean más débiles o más cobardes que cuando se batían con los rusos? No. Significa que la evolución ha ejercido sobre ellos una in-

fluencia que búlgaros, serbios, montenegrinos y griegos no han sentido.

Se acercan más a nosotros, a nuestros sentimientos, a nuestra mentalidad. Tienen el presentimiento, la intuición o la idea vaga, de que se baten por y para los otros; de que refuerzan los eslabones de la cadena que les esclaviza... Y oyen una voz oculta, secreta, misteriosa, que les dice al oído: «Ve a casa donde dejastes tus padres, tu compañera o tus hijos luchando solos con la miseria más espantosa. Mientras tus balas asesinan en nombre de la patria a esa multitud que tienes delante, esa misma patria deja morir de hambre a los seres que te son queridos.»

Las convulsiones intensas de su país durante los últimos cuatro años les han enseñado alguna cosa.

Mientras el cólera, el tífus y la viruela completan la obra de las armas, esa diplo-

macia roncera ofrece un espectáculo nauseabundo, discutiendo la superioridad de los Kreuzot franceses, de Bulgaria, sobre los Krup alemanes, de Turquía. Las fétidas escoriaciones del cáncer lo apestan todo.

Nosotros mismos—a pesar de la invencible repugnancia que nos inspiran esas horripilantes carnicerías—esperamos ansiosos el diario, para ver si Tarabosch ha capitulado, o si ha sido expugnada la línea de Chatalgia.

Sentimos que gradualmente nuestra conciencia se deforma, y se militariza nuestro espíritu.

Por eso deseamos que el actual armisticio se convierta en paz definitiva cuanto antes.

De lo contrario, dentro de poco veremos a Europa entera tan cafre como los mismos combatientes.

EUSEBIO C. CARBÓ

Torino, diciembre.

Pedro Kropotkine

Los anarquistas, a lo menos los que debidamente ostentan tal título, son ante todo y sobre todo, hombres equilibrados que atienden proporcional y debidamente a la razón y al sentimiento; es decir, entienden y juzgan, aman y odian, como todo el mundo, y aun mejor que todo el mundo.

En virtud de ese equilibrio son hombres de acción: no se sientan a la puerta de su casa esperando que pase el cadáver de su enemigo o privilegio, sino que, racionalmente determinados, van a combatirlo en el mitin, en la prensa, en el sindicato, en la calle, en todas partes. Son también hombres de pasión, y como tales aman a sus compañeros y se honran honrando a quienes merecen consideraciones especiales por excepcionales méritos.

Tal es el caso del compañero Kropotkine, en quien, tras una vida de abnegación y sacrificio, que todos reconocen y admiran, concurren estas dos excepcionales circunstancias: 1.ª Desde la cumbre del privilegio ha descendido libre y espontáneamente a la llanura de la igualdad. 2.ª En ella ha tenido la grandiosa inspiración de lanzar la idea de LA CONQUISTA DEL PAN, acerba crítica, grito de guerra y exclamación de triunfo.

Como ex-privilegiado véase este dato que copiamos del segundo número de *La Huelga General*, que se publicó en Barcelona: «De *La Ilustración Española y Americana*: «El afamado anarquista príncipe de Kropotkine, desterrado perpetuo de Rusia, heredero de Rusik, y con mayor derecho que ningún otro pretendiente ruso al trono imperial, continúa impávido su propaganda demoleadora con la publicación de múltiples trabajos.»



Como luchador, tenemos para juzgarle sus *Memorias de un Revolucionario* y las *Palabras de un Rebelde*.

Con haber contribuido excepcionalmente a la constitución y difusión de la sociología, aun le distingue una circunstancia particularísima: de los productos de su maravilloso cerebro con natural sencillez, como fruto ofrecido por la naturaleza al primer necesitado que se acerca a tomarlo, diferenciándose de aquellos otros cuyo cerebro, relleno por la memoria y no por observación y meditación directas, dan su saber con soberbia de dominio.

Pero es universal su popularidad; por ella es universalmente proclamada la Anarquía. En la reunión celebrada en París en honor suyo el 9 del corriente, para festejar el 70 aniversario de su nacimiento, ha proclamado Yvetot, con aplauso unánime de la multitud, que «el principal mérito de Kropotkine consiste en haber demostrado que el pueblo es verdaderamente el factor primordial de la evolución humana.»

En esa reunión se ha leído una carta del insigne compañero, que traducimos a continuación: Compañeros y amigos: No sé cómo manifestaros mi emoción por las muestras de simpatía que me llegan de diversas partes, ni la satisfacción que sentiría si mi salud me permitiera hallarme entre vosotros.

Dirigiendo hacia atrás mis miradas para medir el camino recorrido, fijo mi pensamiento en el año 1878, cuando, a los primeros síntomas de resurgimiento del proletariado francés después del desastre de la Commune, se hizo, por nuestro compañero Baliret, del Jura, una primera afirmación clara y precisa de la lucha directa del Trabajo contra el Capital, en el Congreso de Lyon, y la idea anarquista fué afirmada

nuevamente en reuniones públicas en París por algunos compañeros, de los cuales, uno al menos, Juan Grave, se halla aún entre vosotros.

Midiendo el camino recorrido desde entonces, se patentiza cuán justas eran las ideas fundamentales de la Anarquía desde entonces afirmadas, y cuántos resultados produjeron para preparar la revolución del pueblo contra sus opresores.

Vivimos en este momento en vísperas de grandes acontecimientos históricos. Todos sentimos su aproximación.

En Europa y América se ha producido recientemente un resurgimiento general de los trabajadores. Siéntese un estremecimiento revolucionario en las masas obreras. Nuestros mismos adversarios lo declaran.

Desde hoy puede afirmarse que en ese resurgimiento de las masas que se anuncia se verá afirmarse ostensiblemente la idea anarquista, intentar su realización, influir en la marcha de los acontecimientos.

¿Hasta dónde llegará? Imposible preverlo. Una revolución sólo llega al término de su desarrollo cuando dura algunos años; pero lo que sí es seguro es que no se detendrá en esas reformas anodinas que hoy se designan con el nombre de socialismo. Ese límite que ha querido imponerse a la revolución próxima ha quedado ya atrás. Y de la energía, y también de la fuerza creadora que los anarquistas unidos con el pueblo sepan desplegar para elaborar nuevas instituciones comunistas, dependerá que el empuje revolucionario llegue a la emancipación de la sociedad de la doble tiranía que la oprime: la del Capital, sostén principal del Estado, y del Estado, padre del capitalismo moderno, su principal sostén y su más fiel servidor.

De todo corazón con vosotros. P. KROPOTKINE

Brighton, 6 diciembre 1912.

Con estas líneas se asocia TIERRA Y LIBERTAD a la afectuosa demostración mundial dedicada al compañero Pedro Kropotkine.

Lucha de clases y solidaridad humana

La lucha de clases es eterna, ha existido siempre y no cesará hasta que las clases desaparezcan.

Lucharon antiguamente la clase militar con la sacerdotal por la hegemonía del poder; luchó la clase civil contra la sacerdotal y militar por el mismo motivo; luchó la clase media ayudada por el pueblo contra la aristocracia; luchan hoy todas las clases sociales entre sí por superarse o por anularse.

Pero lo que por antonomasia se llama lucha de clases, lo que constituye la verdadera lucha de clases, es la guerra entre el proletariado y la burguesía.

En la guerra social hay dos ejércitos beligerantes; uno compuesto de privilegiados, de desheredados del otro. Quiere aquél perpetuar las clases; éste, destruir las. El uno es el ejército de la tiranía; el otro es el ejército de la libertad. La lucha es larga y cruenta; miles de años ha que empezó; muchos habrá de durar todavía. Pero a la hora de ahora, ya es imposible dudar de quién será la victoria. Está descontado el triunfo de los defensores de la justicia.

Mientras las clases sociales existen, la lucha entre ellas no cesará. El ejército proletario jamás podrá pactar con sus enemigos. La paz sería la sumisión vergonzosa, la aceptación sin protesta de la esclavitud económica. Y eso es imposible. El proletariado nunca renunciará a la lucha; su protesta airada contra los que pretenden que continúe sometido al yugo ignominioso del capitalismo, nadie podrá sofocarla; hasta el día de su triunfo definitivo, se rebelará contra sus opresores.

Puesto que hay clases y no debe haberlas, es natural e inevitable que entre sí combatan. Nada más justo que la rebelión de la clase sometida, nada más admirable que los esfuerzos de los dominados para romper las cadenas que en el yunque de la ignorancia forjó el martillo de la maldad.

Aún hay quien sueña con la paz social en la sociedad presente; aún hay quien pretende armonizar los intereses de capitalistas y obreros. Pero ¿cómo va a ser posible armonizar lo que es antagónico? ¿Cómo han de ir de acuerdo explotadores y explotados, si los intereses de los primeros están formados por el despojo de la producción de los segundos, y éstos ambicionan que no se les arrebate lo que a ellos solos pertenece legítimamente?

No, nunca jamás irán de bracero el capitalista y el trabajador. Aquél es un ladrón y éste su víctima. Y el robado no perdonará al ladrón si antes no le restituye el producto de su rapiña.

Y como el ladrón no querrá restituir por buenas, como el capitalista no renunciará voluntariamente a seguir viviendo a costa del trabajo ajeno, por malas habrá de ser.

Esos titulados intelectuales que en periódicos, revistas, conferencias y hasta en li-

*C'est un crime qui se
faut voir aux travailleurs
qu'une révolution est im-
possible, ou bien que l'ab-
ominable régime actuel
peut être transformé.
Sans une profonde révolution
sociale.*
Pierre Kropotkine

Es un crimen hacer creer a los trabajadores que una revolución es imposible, o que el abominable régimen actual pueda transformarse sin una profunda revolución social.